

CIEN AÑOS DE MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

IMANOL ORDORIKA
ROBERTO RODRÍGUEZ-GÓMEZ
MANUEL GIL ANTÓN

Coordinadores



Las luchas estudiantiles de 1918 a 2018 <i>Imanol Ordorika, Roberto Rodríguez-Gómez,</i> <i>Manuel Gil Antón</i>	9
---	---

MOVIMIENTOS AUTONOMISTAS EN AMÉRICA LATINA

La Reforma Universitaria como batalla cultural <i>Diego Tatián</i>	25
La impronta autonomista en América Latina <i>Roberto Rodríguez-Gómez</i>	47
La autonomía universitaria en México (1929) <i>Renate Marsiske</i>	63

REVOLUCIONES ESTUDIANTILES DE LOS SESENTA

Activismo estudiantil en Estados Unidos en los sesenta <i>Todd Gitlin</i>	97
París, Mayo del 68 <i>Janette Habel</i>	115
El movimiento estudiantil de 1968 <i>Salvador Martínez Della Rocca</i>	137
Los demócratas primitivos. A cincuenta años. ¿Qué cambió? ¿Qué permanece? <i>Sergio Zermeño</i>	171

**POR LA DEMOCRACIA
Y CONTRA EL AJUSTE ESTRUCTURAL**

Estudiantes en la reconstrucción democrática argentina	
<i>Leticia Pogliaghi</i>	195
El movimiento estudiantil en Francia: 1986-1987	
<i>Obéy Ament</i>	217
El Consejo Estudiantil Universitario. México 1986-1994	
<i>Óscar Moreno</i>	237
El CEU, pensado en seis episodios	
<i>Imanol Ordorika</i>	249

MOVIMIENTOS DEL NUEVO SIGLO

Consejo General de Huelga (CGH), UNAM 1999-2000	
<i>Marcela Meneses Reyes</i>	267
La lucha por la gratuidad en Chile (2011-2012)	
<i>Marion Lloyd</i>	287
El movimiento estudiantil en Colombia (2010-2012)	
<i>Juan Sebastián López Mejía</i>	305
#YoSoy132	
<i>Karla Amozurrutia</i>	327
Movimientos estudiantiles en Estados Unidos	
<i>M. Alejandro González-Ledesma, Héctor Vera</i>	343

REFLEXIONES PARA EL ANÁLISIS

Movimientos estudiantiles: del color al blanco y negro	
<i>Manuel Gil Antón</i>	371
<i>Acerca de los autores</i>	397

Movimientos estudiantiles en Estados Unidos

M. Alejandro González-Ledesma
Héctor Vera

EL CASO DE OCCUPY WALL STREET

El presente capítulo ofrece un análisis general del movimiento estudiantil de septiembre de 2011 en los Estados Unidos, desarrollado en el marco de la campaña de protestas conocida como Occupy Wall Street. En la primera parte se abordan las limitaciones teóricas de ciertos enfoques de estudio de los movimientos estudiantiles, en particular, la restricción del análisis a los momentos de protesta y la exclusión de las contradicciones del capitalismo como una de las variables explicativas de la acción colectiva. En la segunda parte se analizan las características de Occupy Wall Street a partir de sus antecedentes y procesos de construcción colectiva de su identidad política. Finalmente se abordan las demandas del movimiento, los mecanismos de participación estudiantil y su legado.

ALGUNAS DIFICULTADES PARA EL ANÁLISIS LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

Al analizar los movimientos estudiantiles nos encontramos con dos problemas vinculados entre sí, y cuyas consecuencias son al mismo tiempo analíticas y políticas. A continuación, se abordan ambos dilemas a la luz de las revueltas estudiantiles que tuvieron lugar en el marco de la campaña de protestas conocida como Occupy Wall Street, durante el año 2011 en los Estados Unidos.

Latencia política y movilización vs. consenso con el status quo e intermitencia política

El primer problema es que los estudios sobre movimientos estudiantiles tienden a concentrar su atención en los momentos más visibles de la acción colectiva. Es posible, por ejemplo, determinar la intensidad de un conflicto contando y codificando una serie de eventos de protesta durante un periodo de tiempo específico. Se podrían, además, analizar las formas (disruptivas y/o violentas) en que los movimientos enarbolan sus demandas; hacia quién o quiénes van dirigidas, y si obedecen a un programa estructurado o son la expresión de un agravio no del todo articulado. Y, en efecto, al concentrarnos en la parte visible de la organización estudiantil habremos obtenido información valiosa para comprender el desarrollo y la naturaleza de los movimientos en tanto fenómeno político; pero seguiremos ignorando qué sucede en esos espacios de aparente tranquilidad que se dan entre los ciclos de movilizaciones. Ello se debe a que las relaciones políticas y los modos de organización de los jóvenes son predominantemente informales y, por ello, usualmente invisibles al observador externo. El problema surge cuando estos momentos de aparente inactividad se interpretan como ausencia de una vida política propia entre los estudiantes (González-Ledesma, 2017: 394-395).

Por fortuna, algunos elementos característicos de los movimientos estudiantiles (y que son comunes a aquellos protagonizados por otros actores), permiten vincular los momentos de agitación política con aquellos de *latencia*. Dichos elementos tienen que ver con: 1) las características de estos actores; 2) las particularidades del espacio en donde conviven y construyen su identidad política (las universidades), y 3) la forma en que identifican un problema y reconocen la necesidad de actuar colectivamente para resolverlo.

El “retorno” del capitalismo

El segundo problema es que existe una clara diferencia entre el modo en que los movimientos estudiantiles son analizados por los estudiosos occidentales y aquellos de contextos como el nuestro. Esta diferencia radica en la consideración o no de las contradicciones del capitalismo como una variable explicativa de la acción colectiva. Hasta hace poco, de hecho,

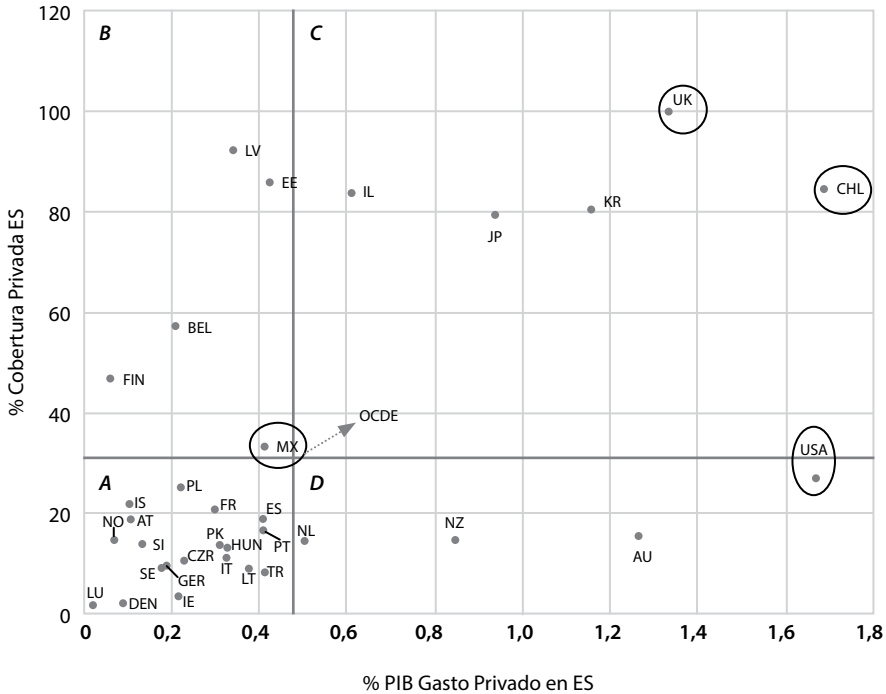
desde Occidente se pensaba que las condiciones de atraso económico y déficit de derechos en los países periféricos seguían generando movimientos sociales que objetaban abiertamente al capitalismo (especialmente en América Latina). Bajo esta lógica, se asumía que las reivindicaciones políticas de los movimientos sociales en los países del centro —con economías avanzadas y democracias maduras— se centraban en la ampliación de los así llamados derechos *posmateriales* (incremento de la libertad individual, mejoramiento de las condiciones para el crecimiento personal, participación ciudadana en las decisiones del gobierno, cuidado del medio ambiente, etcétera) (Inglehart, 1977).

Tras el estallido de la crisis financiera de 2008 en Estados Unidos y sus efectos devastadores en la economía global, esta forma de explicar las expresiones informales de acción política ha ido perdiendo fuerza. Los movimientos estudiantiles que surgieron en Austria y Croacia, en 2009; Irlanda, en 2010; Reino Unido y Estados Unidos, en 2011; Canadá y Corea del Sur, en 2012, así como España e Italia en 2013 son ejemplo de ello (Klemenčič, 2014: 398). Los jóvenes de estos países orientaron el debate público hacia las desigualdades económicas y las condiciones de vida de la población, agravadas por la crisis económica y las medidas de austeridad aplicadas por los gobiernos con la supuesta intención de combatirla. En particular, denunciaron los recortes presupuestales en la educación como una forma de pasarle la factura de la crisis a los estudiantes y sus familias.

Cabe señalar que el impacto de la crisis en la educación superior ha dependido de las formas de organización y financiamiento de los sistemas en cada país. Para aquellos sistemas de educación superior predominantemente públicos los efectos fueron *directos* (presupuesto institucional, programas de investigación, contratación de académicos, programas de becas, el precio de las cuotas, etc.); mientras que, en aquellos mayoritariamente privados, éstos fueron *indirectos* (aumento de intereses de los créditos estudiantiles y los costos de las universidades, así como reducciones en las transferencias gubernamentales).

Al confrontar los porcentajes de cobertura y gasto privados en términos del producto interno bruto (PIB) de los países que conforman la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), veremos que los sistemas de educación superior se distribuyen en cuatro cuadrantes a partir del promedio de ambas variables (véase figura 1). Los cuadrantes a la izquierda corresponden a los sistemas predominantemente públicos, y están conformados por (A) países con escasa o nula

Figura 1. Países de la OCDE:
Niveles de privatización de la educación superior (2016)



Fuente: Elaboración propia con información de la OCDE (2019), para el gasto privado; y de UIS.Stat (2019), para la cobertura privada de ES. Para cada país se utilizó la información del último año disponible entre 2014 y 2016. No se incluyen Canadá y Grecia.

participación privada y cuyas universidades dependen casi por completo del subsidio público (ej. Alemania, Francia, Italia, México¹ y Polonia); y (B) aquellos cuyas universidades son consideradas entidades privadas con acceso directo a fondos públicos, o instituciones privadas sin fines de lucro que reciben financiamientos estatales indirectos (p. ej. Bélgica, Estonia y Latvia). Los sistemas mayoritariamente privados, por su parte, se localizan en los cuadrantes de la derecha, e incluyen países en donde el gasto privado es muy elevado sin importar que la cobertura privada sea

¹ Se incluye a México en el grupo A porque su distancia con respecto a la media cobertura privada es muy baja, mientras su porcentaje de gasto privado está por debajo de ésta. Es el mismo caso de Holanda, salvo que aquí el gasto privado es el valor que se encuentra ligeramente por encima de la media.

alta (*C*) o baja (*B*). En estos países la matriculación está fuertemente condicionada a la disponibilidad de créditos (privados y/o estatales) y, en algunos casos, a exenciones y subsidios focalizados a estudiantes talentosos y/o de bajos recursos; los subsidios a las instituciones son escasos y condicionados (p.e. Austria, Chile, Corea del Sur, Inglaterra, Estados Unidos).²

LATENCIA POLÍTICA, CAPITALISMO EN CRISIS Y MOVILIZACIÓN ESTUDIANTIL

Los estudiantes como actores políticamente situados

Es particularmente importante entender las características de los sistemas de educación superior para identificar las diferencias entre los movimientos estudiantiles apenas señalados y, particularmente, la dimensión estudiantil de la campaña de protesta de Occupy Wall Street, en los Estados Unidos. Por un lado, se advierte que en los países con sistemas predominantemente públicos (la mayoría), el sentido del discurso político de los estudiantes fue de naturaleza más bien *reactiva*, ya que interpretaba las reformas institucionales y los recortes presupuestales como una política gubernamental encaminada a eliminar el carácter público de las universidades. Por otro lado, en los países con sistemas mayoritariamente privados —Inglaterra, Estados Unidos y Chile— el discurso adquirió un perfil de tipo *proactivo*, en la medida que el aumento del malestar vinculado a las deudas estudiantiles y el incremento de las cuotas fortalecieron la percepción de que la educación superior no debería ser una mercancía sino un derecho.

Pero si los movimientos estudiantiles en sistemas de educación superior de tipo predominantemente público se originaron a partir de la percepción de que se estaba conculcando un derecho, ¿cómo se incubó el sentimiento de agravio que llevó a los estudiantes estadounidenses

² Para más información sobre la economía política de la educación superior en los países de la OCDE véase Brunner y Ganga (2016). “Reflexiones en torno a la economía política y gobernanza de los sistemas nacionales e institucionales de educación superior en América Latina”. *Interciencia*, vol. 41, núm. 18 [disponible en: <https://www.academia.edu/38022931/Reflexiones_en_torno_a_econom%C3%ADa_pol%C3%ADtica_y_gobernanza_de_los_sistemas_nacionales_e_instituciones_de_educaci%C3%B3n_superior_en_Am%C3%A9rica_Latina>].

a movilizarse en 2011? Si optamos por un enfoque que restrinja el *momento político* de los actores estudiantiles a los episodios de movilización y revuelta, deberíamos concluir que el endeudamiento no era percibido como un problema antes de la crisis financiera de 2008. Pero de esta manera estaríamos contribuyendo al fortalecimiento de aquella narrativa poscrisis que busca las razones de la debacle económica por fuera de las condiciones que la generaron. Para desentrañar este dilema habría que centrarse en el papel del activismo estudiantil en la construcción de interpretaciones alternativas del significado de la *deuda* y la vivencia del *endeudamiento*. Pero antes es necesario agregar algunas observaciones más sobre los momentos de *latencia*, en particular sobre los estudiantes como actores, y la universidad como el *locus* desde el que se sitúan políticamente frente al mundo.

Haciendo un análisis de la literatura sobre movimientos estudiantiles e identidades juveniles, Klemenčič (2014: 399-400) advierte que ser estudiante significa estar expuesto a actuar colectivamente dentro de la esfera pública para expresar intereses o ideas, presentar demandas a la autoridad o exigir que ésta rinda cuentas. Señala, además, que los jóvenes que acceden a la universidad cuentan con altos niveles de madurez cognitiva, emocional y práctica al tiempo que nutren ideales de todo tipo. Hablar del perfil de los estudiantes y, específicamente, de los activistas no es —por cierto—, nada nuevo. En 1971, Martin Lipset ofrecía un retrato del activista estadounidense de los años sesenta que contrasta significativamente con los universitarios de hoy en día. Lipset (1971: 80-123) encontró que la mayoría de los activistas procedía de ambientes familiares progresistas, con estudios universitarios y un nivel económico medio alto. Durante las protestas que tuvieron lugar en todo el país tras la incursión del ejército estadounidense en Camboya en la primavera de 1970, la agitación política de este núcleo de jóvenes activistas habría sido fundamental para involucrar a otros estudiantes menos politizados y procedentes de familias de la clase trabajadora.³

³ Lipset ofrece esta interpretación a partir de la Encuesta Nacional Harris aplicada a los estudiantes en todo el país en mayo de 1970 (1971: 84-87). Resulta sumamente interesante el análisis que ofrece el politólogo estadounidense acerca del perfil socioeconómico de los activistas estadounidenses con respecto a sus pares en países como Alemania o Italia, en el sentido de la vinculación de estos últimos con los partidos comunistas o socialistas, así como por el hecho de que se trataba mayoritariamente de jóvenes provenientes de los sectores populares.

De acuerdo con la *Survey for the President's Commission on Campus Unrest*, entre 1967 y 1970 se reportaron 508 eventos "disruptivos" que afectaron el funcionamiento normal de las instituciones. El informe contemplaba como "evento" cualquier forma de protesta, incluyendo manifestaciones pacíficas que no interrumpían directamente el desarrollo de las actividades académicas; además, señalaba que en los campus de prácticamente todo el país el disenso organizado alcanzaba a 57% de la población estudiantil.⁴

La evidencia acumulada señala que las movilizaciones estudiantiles proyectan sus demandas hacia afuera, hacia dentro o de forma combinada. En el primer caso las exigencias se dirigen al Estado, a alguna de sus instituciones o incluso a instancias y públicos internacionales bajo la forma, por ejemplo, de solidaridad con las causas del Tercer mundo. Las protestas se dirigen hacia dentro cuando los estudiantes demandan a las autoridades que actúen ahí donde consideran que no se hace lo suficiente (transparentar el manejo de los recursos, incrementar la matrícula, etc.) o que desistan de acciones que se consideran lesivas de derechos, poco democráticas o contrarias a los principios de la institución (eliminar determinados cursos, implementar o aumentar cobros por matrícula y servicios, restringir derechos, etc.). La campaña de movilizaciones contra la guerra de Vietnam ejemplifica la forma en que las demandas se dirigen tanto al Estado como al interior de las instituciones. Las protestas exigían el fin de la intervención estadounidense en el país asiático, terminar las relaciones entre la universidad y la industria militar, cancelar programas de investigación vinculados al control de multitudes, etc. Hacia adentro los estudiantes perseguían una mayor democratización en el gobierno de las universidades (lo que incluía, por supuesto, el garantizar el acceso a la educación superior sin importar el origen socioeconómico), ampliar la libertad académica, apoyar la creación de estudios afroamericanos, etcétera.

La universidad es uno de los espacios más importantes para la deliberación pública y, en no pocas ocasiones, el único con el que se puede contar en momentos de crisis política, cuando nacionalismos y fanatismos religiosos se adueñan del debate ciudadano. En tal sentido, Edward Said sostiene que la universidad es "una provincia especial al interior de la sociedad, un lugar donde la libertad de investigación y de pensamiento

⁴ Washington D.C. The Institute, September 1970, Chart 1, p.9, cit. por Lipset (1971: 46).

acontecen y son protegidas”. Para que esto sea así, la universidad concede al estudiante una suspensión temporal de las convenciones sociales, poniéndolo de alguna manera a salvo de las exigencias de “otros espacios de la sociedad, como la burocracia gubernamental, el espacio del trabajo o el hogar” (2009: 85-86).⁵ Quizá estas condiciones tuvieron efectos insospechados fuera de las aulas, o quizá en ciertos momentos se ha buscado nutrir deliberadamente la convivencia independiente de los estudiantes tras haber identificado su importancia para el desarrollo del conocimiento. Lo cierto es que la universidad genera ambientes no institucionales de libertad intelectual y social en donde los jóvenes pueden intercambiar ideas, articular sus aspiraciones políticas y, tal vez, organizarse para ponerlas en práctica.⁶ Lo interesante es que esos grados de libertad se han venido reduciendo en las últimas décadas, al amparo de reformas basadas en la mercantilización de este nivel educativo.

Klemenčič, de hecho, advierte hoy en día un descenso en los niveles de participación política de los estudiantes occidentales; además de señalar que se han convertido en un grupo más heterogéneo, con respecto a los tiempos en que Martin Lipset escribió *Rebellion in the University*. Los estudiantes actuales difieren en su “origen social (con un mayor número de jóvenes de bajo capital cultural que ingresan a las universidades); edad (estudiantes más maduros); el país de procedencia (con una mayor presencia de estudiantes extranjeros); estudiantes que pagan y los que no lo hacen (debido a los procesos diferenciados de privatización); estudiantes de tiempo completo y medio tiempo (aumento de los jóvenes que estudian y trabajan)” (2014: 399). Obviamente esta heterogeneidad resulta ser un obstáculo a la hora de cultivar una identidad colectiva a partir de agravios compartidos, y mucho más cuando traducir estos agravios en acción colectiva. Como se verá más adelante, el movimiento Occupy Wall

⁵ Habría que agregar que, durante la guerra de Vietnam, fue también un santuario para evitar la leva.

⁶ ¿Anomalía o diseño “informal”? ¿El activismo y la politización de los estudiantes son una anomalía producto de la libertad intrínseca que tiene la universidad o la participación es reconocida informalmente en tanto condición de posibilidad de esa misma libertad? Aquí se deja entrever una vieja polémica que de tanto en tanto genera el pensamiento político conservador dentro de las universidades, y que afirma la independencia intelectual de estas instituciones sin reconocer las responsabilidades políticas del conocimiento con el que se relacionan. No es el objetivo de estas líneas abundar al respecto, pero, desde mi punto de vista, este pensamiento sería el correlato ideológico de aquellos estudios que conciben a los movimientos estudiantiles como momentos políticos intermitentes.

Street logró integrar esta diversidad de perfiles resignificando la idea de *deuda* y la experiencia del *endeudamiento*.

***Deuda y endeudamiento:
una cuestión “moral”***

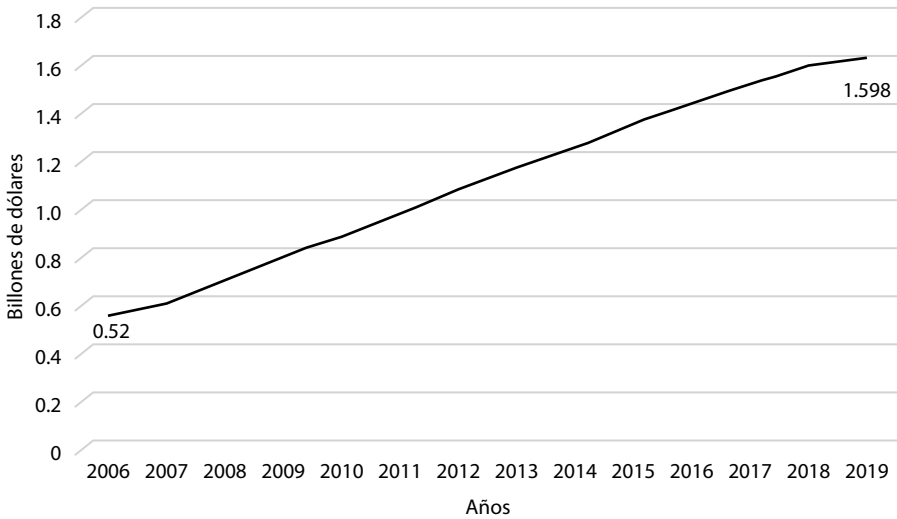
La economía estadounidense está fuertemente vinculada al crédito. Actualmente los hogares de ese país acumulan una deuda de 13.6 billones de dólares, de los cuales 11 por ciento corresponden a préstamos estudiantiles, muy por encima de aquellos para la compra de automóviles (9%) y el monto acumulado por las tarjetas de crédito (6%) (FED, 2019: 3).⁷ La educación superior en ese país se encuentra entre las más caras del mundo: el promedio del costo de las colegiaturas es de 35 000 dólares al año —casi 3 000 dólares al mes— excluyendo, obviamente, los gastos por alojamiento y alimentación, así como libros, equipo de cómputo y otros costos vinculados al tipo de carrera que se esté estudiando. Cabe señalar que el monto de las colegiaturas ha venido aumentado a un ritmo de 7.5% anual desde el 2000; esto es más que el costo de la atención médica, los bienes inmobiliarios y el resto de los indicadores incluidos en el índice de precios al consumidor (Reynolds, 2012).

El aumento de las colegiaturas y el dinamismo del mercado de créditos que le acompañan se basan en la manipulación deliberada de las expectativas de la población alrededor de la formación universitaria. De acuerdo con varios especialistas, la espiral especulativa que se ha venido generando a partir de la interrelación entre dichas expectativas, los precios de la educación y el costo del crédito, tiene su correlato en el dinamismo del mercado inmobiliario hasta el 2008; pero las dimensiones de esta nueva burbuja especulativa podrían tener consecuencias mucho más graves para la economía mundial.⁸ De acuerdo con datos de la Board of Governors of the Federal Reserve System (2019), en 2006 el monto de la deuda estudiantil era de 0.52 billones de dólares; para 2011 —año del mo-

⁷ De acuerdo con los datos de la FED, La deuda interna estadounidense se reparte en hipotecas (68%), deuda revolvente (3%); créditos para automóviles (9%), tarjetas de crédito (6%), préstamos estudiantiles (11%) y otros conceptos no especificados (3%).

⁸ Reynolds, 2012; Nova, 2018. El costo del rescate bancario ordenado por George W. Bush a través del Acta de Estabilización Económica de Emergencia fue de 700 000 millones de dólares (tan sólo 5% de la deuda estudiantil actual), y fue destinado a la compra de títulos basura de los bancos y garantías de pago de hipotecas vencidas.

Figura 2. Estados Unidos: comportamiento de la deuda estudiantil universitaria 2006-2012



Fuente: Elaboración propia con información del *Board of Governors of the Federal Reserve System* [2019]. USD: dólares estadounidenses. Se utiliza la unidad “billón” en castellano: un millón de millones 10^{12} (no confundir con el término inglés: *billion*, mil millones 10^9 , son distintos).

vimiento estudiantil— ésta alcanzaba 0.95 billones. Desde entonces el monto se ha triplicado hasta llegar a 1.5 billones de dólares. Esta deuda se reparte entre 44 millones de personas: 30% son menores de treinta años; 2% tienen entre 30 y 39 años; 16% entre 40 y 49 años; 12% entre 50 y 59 años; y, finalmente, 7% con más de 60 años (Nova, 2018) (véase figura 2).⁹

A pesar de la dependencia estructural de la economía estadounidense al crédito, socialmente las deudas adquieren la forma de una responsabilidad personal. Los deudores no pueden culpar a nadie que no sean ellos mismos por su nivel de endeudamiento y su capacidad de cumplir con las obligaciones contraídas con sus acreedores. Y es que la experiencia de la deuda se ha construido como una cuestión fundamentalmente moral: “un préstamo es, en esencia, una apuesta sobre si una persona (un

⁹ Para hacerse una idea de la entidad de la deuda acumulada, basta decir que los ingresos presupuestarios que nuestro país espera generar este año corresponden a 2% de esa cifra (poco más de 275 000 millones de dólares). SHCP, “Exposición de motivos. Proyecto de presupuesto de egresos de la Federación 2019”, en: <https://www.ppef.hacienda.gob.mx/work/models/PPEF2019/docs/exposicion/EM_Capitulo_2.pdf>.

deudor) podrá o no cumplir con su palabra. [...] De alguna manera los individuos invierten el valor que se dan a sí mismos en las deudas que contraen y, en general, en la relación que tienen con la deuda” (Strike Debt, 2014). El endeudamiento es, además, la vía para cumplir con las exigencias de consumo que bombardean constantemente a las sociedades capitalistas modernas; la incapacidad de mantener el ritmo para satisfacer dicha exigencia es una fuente de malestar social y un indicador de fracaso individual.

Deuda y endeudamiento: la disputa por el sentido

Cuando estalló la crisis financiera de 2008, más de un millón de estadounidenses perdieron sus hogares luego de que las hipotecas se volvieron impagables. Un año más tarde la crisis había mandado al desempleo a 2.6 millones de personas (el nivel más alto desde 1945) y la insolvencia se contagió al resto del sistema financiero, afectando a los 40 millones de jóvenes que en los últimos años se habían endeudado para ir a la universidad. En su momento, el aumento de los precios en el mercado inmobiliario se fundamentó en la convicción (basada en la especulación económica) de que el valor de la vivienda nunca se deprecia.

Con la formación universitaria pasa algo similar, pues se cree que ésta garantiza la obtención de mejores empleos, salarios más altos y, en general, una mejor posición social. Pero, mientras aquellos que contraen créditos hipotecarios arriesgan la pérdida del inmueble adquirido en caso de impago, quienes solicitan préstamos de estudio no ofrecen otra garantía que la promesa de sus ganancias en el futuro. Desde antes de la crisis, los primeros que resintieron el malestar por el sistema de préstamos universitarios fueron los estudiantes de bajos recursos, los que desertaron; aquellos estudiantes no tradicionales que, por primera vez, pudieron acceder a instituciones privadas a través de préstamos particularmente gravosos. Para ellos la sospecha de que el precio de los préstamos no se compensaba con las posibilidades del empleo se hizo presente con mayor claridad (Nelson, 2011).

Pero ante la opinión pública (y buena parte de sus colegas menos desafortunados) sucedió algo similar que con las víctimas de las hipotecas *subprime*, mayoritariamente otorgadas a afroamericanos que habitaban zonas racial y económicamente marginadas. Comentaristas mediáticos y

miembros de la clase política los culparon —incluso con base a prejuicios raciales— de su irresponsabilidad financiera, cuestionando el hecho de que fueran considerados sujetos de crédito (Strike Debt, 2014). Bajo las coordenadas de la deuda como responsabilidad individual, la raza y la pobreza constituyen profecías de fracaso e incumplimiento que se cumplen a sí mismas en contextos de estabilidad económica. Sin embargo, tras la crisis el malestar alcanzó a los estudiantes tradicionales que habían adquirido deudas para estudiar en la universidad, y cuyos padres cuentan con más recursos económicos, culturales y, sobre todo, políticos. De hecho, la participación de este grupo de estudiantes en las protestas de Occupy Wall Street fue tan determinante, a la hora de cambiar la percepción del público sobre el movimiento, como lo fue esa misma clase social en la movilización de sus coetáneos menos politizados (y más pobres) durante la primavera de 1970.

Sin embargo, antes de las movilizaciones del 2011 se había venido gestando un proceso de reelaboración del significado de la deuda y la vivencia del endeudamiento. Sería necesario, rastrear las consecuencias políticas de ciclos de protesta vinculados a la crítica del capitalismo financiero, así como contra la llamada, “Guerra contra el terror”, de George W. Bush, para identificar mejor la evolución del discurso político de los movimientos y sus líneas de continuidad (Seattle, 1999; Washington, 2000, 2001, 2002, 2009, 2010; Nueva York, 2002, etc.). Hay espacios y colectivos que se mantienen activos desde finales de los años noventa, como la red de información alternativa *Indymedia*; la revista *AdBusters*, que ha dedicado buena parte de sus críticas en los últimos años a la economía neoclásica como enfoque paradigmático dentro de las universidades estadounidenses (Lasn y AdBusters, 2012). Lo cierto es que el desastre económico y sus consecuencias para la sociedad estadounidense fueron el telón de fondo en donde los jóvenes expresaron colectivamente su rechazo al carácter privado del sistema de educación superior (y económico) de su país.

Occupy Wall Street

Quizá el movimiento social más emblemático en las últimas décadas en Estados Unidos, que contó con una fuerte participación estudiantil, fue Occupy Wall Street, que tuvo como eje geográfico y como nombre descriptivo ese distrito en la ciudad de Nueva York, al sur de la isla de Manhattan,

donde están concentrados los principales conglomerados financieros. Se trata de uno de los núcleos financieros más importantes del mundo y ha tenido tres momentos importantes en la historia contemporánea que lo convirtieron en el foco de atención global. El primero fue en 2001, cuando los ataques terroristas del 11 de septiembre derribaron las torres gemelas del World Trade Center. Después, en 2008, cuando vino lo que se terminó llamando “La gran recesión”, que fue la caída más importante de la economía estadounidense desde la gran depresión de 1929 y que coincidió con la elección presidencial de 2008 (donde lo que en un principio era una cerrada competencia entre el republicano John McCain y quien era el primer candidato afroamericano a la presidencia en Estados Unidos, Barack Obama, terminó decantándose claramente a favor este último gracias en parte a la caída en la bolsa). Finalmente, en 2011, el 17 de septiembre, fue el arranque de Occupy Wall Street. En casi una década exacta, esta zona urbana de unos cuantos kilómetros cuadrados fue el centro de una turbulencia geopolítica, una turbulencia económica y una turbulencia social.

Aquí presentaremos algunos datos sobre los antecedentes del movimiento estudiantil, sobre sus demandas y el espacio que ocuparon y, finalmente, sobre cuál puede considerarse su legado.

Uno de los antecedentes inmediatos de Occupy Wall Street fue lo que se conoció como la “Primavera Árabe”, que inició en diciembre del 2010 en Túnez, continuó en varios países del norte de África y del cercano Oriente, y tuvo su momento más emblemático en las manifestaciones en enero de 2011, en la plaza Tahrir, en El Cairo, Egipto. Cuatro meses después del inicio de la Primavera Árabe, el 15 de marzo de 2011, apareció el movimiento M-15, en España, también conocido como el “movimiento de los indignados”. Éste surgió en contra de las políticas de austeridad implementadas por del gobierno español para ajustarse, entre otras cosas, a la crisis económica de la gran recesión de 2008.

En la segunda mitad de 2011, iniciaron en Nueva York las acciones de Occupy Wall Street. Varios investigadores (Romanos, 2016; Irazábal y Fumero, 2012) han realizado un seguimiento detallado de las conexiones, no solamente temáticas o de coincidencia ideológica y organizativa, sino de personas concretas que tuvieron experiencias biográficas directas en estos movimientos, principalmente ciudadanos españoles que después de haber participado en el M-15 estuvieron en septiembre de 2011 en Nueva York y funcionaron como parte de una suerte de brigada internacional

organizativa —aunque ellos no se nombraban a sí mismos de esa manera— que permitió que fuera más fácil la comunicación de temas y demandas.

Occupy Wall Street fue uno de esos múltiples casos en que incluso por participantes más directos no sabían de antemano si el movimiento tendría alguna resonancia o cuándo y cómo la tendría. Es casi imposible predecir cuándo un movimiento será relevante, si va a llamar suficientemente la atención o si va a aglutinar a suficientes personas y demandas para convertirse en algo importante. Pero por aquellos meses, ya se podía ver que en Nueva York había indicios que apuntaban hacia lo que poco después se convirtió en Occupy Wall Street.

Antecedentes de Occupy Wall Street

En junio de 2011, un par de meses antes de que iniciara Occupy Wall Street, un grupo que se llamaban a sí mismos “Los neoyorquinos en contra de los recortes del presupuesto público”, promovió lo que llamaban una “pi-jamada” en la zona financiera de Wall Street, para llamar la atención sobre cómo la ciudad estaba haciendo recortes importantes para programas públicos; entre otros, el sistema de transporte público cuyas cuotas son muy elevadas (se pagaba dos dólares —aproximadamente 40 pesos mexicanos— por abordar el metro o un autobús). Había la amenaza de que se darían aumentos en el costo de esos servicios. De ese movimiento se desprendió lo que después sería uno de los núcleos organizativos del movimiento Occupy Wall Street: la Asamblea General de Nueva York.

Poco después, el grupo de internet *Anonymous* (Kazmi, 2011) empezó a circular vídeos promoviendo que se realizaran manifestaciones en el distrito financiero de Nueva York. En ese momento todavía se sentían con fuerza las reverberaciones de la caída de la bolsa del 2008 y se discutía acaloradamente el uso del dinero público, de los impuestos de los contribuyentes estadounidenses, para rescatar a los bancos que habían incurrido en prácticas irresponsables y, además, habían premiado de manera bastante generosa a los directivos de esos bancos. El llamado de movilización sostenía que hacía falta llevar la protesta directamente al corazón financiero del sistema capitalista contemporáneo.

En agosto, un mes antes de que iniciara el movimiento más masivo, sucedió lo que llamaron juguetonamente una *Ocularpation* u “Ocupación

ocular” (Throwell, 2011; Ryzik, 2011). Se trató de una intervención artística donde 50 personas llegaron a las calles del distrito financiero y se pusieron a hacer actividades cotidianas como hablar por teléfono, hacer ejercicio, limpiar, barrer mientras se quitaban la ropa hasta quedar desnudos. Fue una acción a medio camino entre la manifestación política y el *performance*. Esto llamó más la atención que la “pijamada” porque recurrió a una de las tácticas utilizadas por los movimientos sociales contemporáneos, que es la desnudez como medio para atraer a la prensa, para manifestar “estamos aquí físicamente; vamos a hacernos visibles”.

El organizador de la *Ocularpation* fue Zefrey Throwell, quien usó esa táctica usualmente efectiva (la desnudez en público) para garantizar la presencia de los medios de comunicación. Es una estrategia que, por supuesto, no serviría en cualquier época. Es un arma del repertorio de los movimientos sociales que sirve en épocas, como la presente, que combina dos elementos particulares: 1) hay suficiente libertad para que se presenten personas desnudas en la calle y su vida social no quede destruida para siempre; es decir, no hay tanto pudor como para que una vez desnuda en público una persona se convierta en un paria. 2) Hay suficiente pudor y morbo alrededor de la desnudez como para que un cuerpo desprovisto de ropa en el espacio público se convierta en algo que llama inmediatamente la atención. En épocas pasadas, cuando era común que la gente pobre estuviera semidesnuda en las calles, esto no hubiese servido como modo de protesta; pero estamos en un periodo donde sí es un elemento efectivo para lograrlo y se ha consolidado como parte del repertorio de los movimientos sociales.

Un mes después de la “ocupación ocular”, se congregaron varias fuerzas para hacer el llamado a una movilización masiva el 17 de septiembre, con la consigna de ir directamente a Wall Street y “ocuparlo”. Esta nueva convocatoria fue inicialmente promovida por un grupo llamado *AdBusters* (“cazadores de publicidad”), que es una organización anticapitalista, que tienen su base operativa en Canadá, que ataca a los medios de comunicación y a la filosofía consumista que es promovida por esos medios. Su objetivo es utilizar publicidad alternativa como medio de comunicación de ideas y compensar así la manipulación que ejerce la publicidad convencional. Se describen a sí mismos como un espacio de diálogo y lucha contra el consumismo y el capitalismo, en el que participan escritores, activistas, estudiantes y otras personas comprometidas con el

anticonsumismo.¹⁰ Ellos, junto con esos grupos y colectivos, hicieron el llamado a hacer esta ocupación de Wall Street.

Parte de la idea para esta ocupación del distrito financiero estuvo directamente inspirada con replicar, en Estados Unidos, algo similar a lo que se había logrado en la Primavera Árabe. Uno de los organizadores de *Ad Busters* decía: “Estados Unidos necesita su propia plaza de Tahrir; imaginen 20 000 personas tomando Wall Street indefinidamente” (citado en Komlik, 2014). Tahrir fue la plaza donde se realizaron en El Cairo, Egipto algunas de las manifestaciones más importantes de la Primavera Árabe. Sus estrategias coinciden con las de otros movimientos sociales del siglo XXI: armar una interrelación entre espacios físicos y espacios digitales, y utilizar las redes sociales para atraer y organizar a un gran número de personas.

Estos son aspectos de los que hablan con frecuencia cuando se entrevista a los protagonistas de esos movimientos. Dicen cosas como: logramos esto a través de mensajitos por celular, con Twitter, con Facebook, etc. Esa estrategia de comunicación es importante, aunque quizá sea un elemento un tanto sobrevalorado en el análisis de los movimientos sociales actuales, porque las nuevas tecnologías no es el único modo de lograr acciones colectivas coordinadas, rápidas y contundentes. Sabemos que desde hace siglos se lograban esas acciones, utilizando formas de comunicación tecnológicamente muchos más “simples”.¹¹ Mencionamos esto porque si bien sería iluso decir que los nuevos medios de comunicación y las redes sociales han jugado un papel visible en las acciones colectivas del siglo XXI; vale la pena enfatizar que en el análisis y anecdotario de los movimientos sociales contemporáneos parece que se ha enfatizado su peso desproporcionadamente.

Cuando comenzó a cobrar forma el conglomerado de personas interesadas en el tema de injusticia económica alrededor de estos eventos en Wall Street, se hizo visible una fuerte carga de estudiantes, sindicatos

¹⁰ Su sitio web se puede hallar en: <<https://www.adbusters.org/>>.

¹¹ Al menos desde la Revolución francesa sabemos que se puede lograr una movilización masiva y simultánea sin que existieran el telégrafo, la televisión o el correo postal. Sólo a modo de ejemplo, se podría recordar el “gran pánico de 1789”, cuando en tan sólo tres días campesinos de prácticamente todo el territorio francés se rebelaron contra los señores feudales, en lo que fue el primer gran acontecimiento de violencia masiva en contra de las élites del Antiguo Régimen, y lo hicieron transmitiendo información de boca en boca. Incluso se ha podido mapear la dinámica y trayectorias geográficas de esas comunicaciones verbales (Lefebvre, 1986).

y organizaciones no gubernamentales. Empezaron a hacerse protestas, manifestaciones y acampadas. Esto último que fue una de las características principales del movimiento; había un eco de aquel llamado de unos meses atrás para hacer una “pijamada” en Wall Street, porque fue prácticamente lo que terminó sucediendo en Occupy Wall Street.

Al mismo tiempo en otras ciudades de Estados Unidos empezaron a multiplicarse capítulos o sucursales (por llamarles de alguna manera) de Occupy Wall Street. Se presenció actividad en Los Ángeles, Boston, San Francisco, Denver, Chicago, Portland, Seattle, Tucson, Las Vegas, Washington DC y varias otras ciudades; no todas con la misma magnitud, pero sí estuvieron presentes de una manera visible.

El 15 de octubre coincidió con un llamado que se había hecho desde España, en el M-15, de que hubiera un día de manifestación global y, junto con las acciones que ya estaban sucediendo en Wall Street, ese día fue un evento global que sucedió en todos los continentes y le dio un impulso importante al movimiento.

La ocupación de Wall Street

Cuando se preparaba la concentración del 17 de septiembre en Wall Street, la policía de la ciudad de Nueva York había monitoreado algunos de los mensajes del movimiento en internet, y sabían que ese día habría una gran manifestación y que uno de los puntos de reunión sería la famosa estatua del toro de Wall Street. Con esa información en mano, pusieron vallas en ése y otros puntos de encuentro para impedir el paso. Y además de despojar a los manifestantes de sus sitios previstos de concentración, querían impedirles permanecer en el distrito financiero, enfatizando que es ilegal quedarse a dormir en las calles.

Todo eso tuvo una consecuencia no deseada que terminó definiendo parte de la identidad y efectividad del movimiento. Los organizadores de la manifestación tenían un sitio de reunión alternativo en la zona de Wall Street, en caso de no poder alcanzar los puntos inicialmente planeados. Se trataba de un parque que se llamaba el parque de La Libertad, y que después fue conocido como el parque Zuccotti.

El parque Zuccotti habla mucho de la naturaleza del capitalismo contemporáneo, cuya lógica estaba siendo parcialmente cuestionada por Occupy Wall Street. El Zuccotti no era un parque público —en el sentido

de que estuviera administrado por el gobierno de la ciudad—, era lo que se llama, de manera paradójica, “un espacio público de propiedad privada”. Estos espacios son concesiones que le da la ciudad a las compañías inmobiliarias para autorizarles áreas de construcción más amplias o construir rascacielos más altos —en Manhattan el valor del metro cuadrado de bienes raíces es altísimo y si puedes construir más pisos, el valor de las edificaciones se multiplica—. A cambio de esas licencias es común que las compañías ofrezcan hacer algo por el bien común de la ciudad, como pequeños parques a un costado de los rascacielos. Esos parques son públicos, pero quedan bajo resguardo de las compañías privadas que los diseñan y construyen. Cuando se hizo eso en el parque Zuccotti había poca reglamentación sobre cómo podían ser utilizados esos espacios. Los parques públicos administrados por el gobierno de la ciudad cierran en la noche y nadie puede permanecer ahí; pero los públicos de propiedad privada, como el parque Zuccotti, no tenían esa restricción. Los manifestantes aprovecharon eso para acampar ahí. Si hubiera sido un parque público de la ciudad, los manifestantes hubieran sido desalojados por la fuerza.

En el parque Zuccotti, como la regulación de su uso la hicieron las compañías privadas, su única normatividad era que no se utilizaran patinetas y patines; y los constructores se habían comprometido a que estaría abierto 24 horas al día. Así, ocupar el parque, poner casas de campaña, y quedarse a dormir ahí era algo completamente legal. No fue así durante demasiado tiempo, porque poco después cambiaron las leyes para impedir la estancia nocturna en esos espacios. Pero mientras tanto, esto le abrió al movimiento la posibilidad de levantar una acampada de protestantes en el corazón de Wall Street. El parque se convirtió en el principal punto de reunión, organización y convivio. Hicieron ahí una biblioteca, espacios para talleres y demás. Las concentraciones ahí llegaron a ser muy numerosas, a pesar de que ya estaba entrando el corazón del otoño y las temperaturas comenzaban a bajar considerablemente.

Todo esto duró hasta el 15 de noviembre, cuando la policía desalojó el parque. Las autoridades de la ciudad cambiaron las leyes que permitían que hubiera acampadas en los parques. Después de eso el movimiento hizo otras pequeñas acciones de ocupación: ocupaban bancos, oficinas corporativas, ocupaciones en campos universitarios, casas que habían sido desalojadas después de que las familias ya no podían pagar sus hipotecas y se habían convertido en *homeless*, etc. Pero parte más explosiva ya había pasado y estaba visiblemente de bajada.

Participación estudiantil

Tanto en la ocupación del parque Zuccotti, como en las manifestaciones que sucedieron en paralelo, hubo una notoria participación de estudiantes universitarios. Desde poco antes del comienzo de Occupy Wall Street había alumnos de las muchas universidades de la ciudad de Nueva York que manifestaban su deseo —que inicialmente sonaba como algo fantástico— por realizar una movilización similar a la de la Primavera Árabe y organizarse aprovechando las nuevas oportunidades de comunicación que permitían internet y los teléfonos celulares.¹²

Los estudiantes universitarios abanderaron un tema que los involucraba de manera particular, pero que estaba en perfecta sintonía con la demanda general del movimiento: la deuda de los créditos educativos bancarios que arrastran muchos estudiantes al terminar sus estudios. Estas demandas se hicieron visibles durante las marchas de apoyo de los manifestantes de Occupy Wall Street; como la del 5 de octubre de 2011, que fue una de las más grandes de ese año y que tuvo una alta participación de estudiantes y sindicatos (Wells y McVeigh, 2011). Muchas de las consignas particulares de los estudiantes apuntaban al problema de los créditos educativos. Se podían ver, por ejemplo, pancartas con lemas como “Eliminen la deuda estudiantil” y “Deuda es esclavitud”.

Como ya se comentó, el peso de la deuda sobre los estudiantes universitarios estadounidenses se ha convertido en un lastre para miles de personas que no pueden pagar sus estudios debido al monto de las colegiaturas (que son considerables tanto en universidades públicas y privadas), como por los altos costos de vida mientras se estudia (que incluye muchas veces pagar por los dormitorios y comedores de las universidades). La deuda estudiantil que acumula 1.5 billones de dólares representa una cantidad exorbitante; hay más deuda ahí que juntando todas las deudas por tarjetas de crédito en Estados Unidos (algo notable considerando que se trata de una economía donde el consumo que depende mucho de las tarjetas del crédito). Esto representa 7.5% del PIB estadounidense (esa deuda es más grande que todo el PIB de México).

¹² Parte de la información utilizada aquí para dar cuenta de las acciones y discursos de los estudiantes durante Occupy Wall Street fue obtenida de primera mano durante manifestaciones en el otoño e invierno de 2011 en la ciudad de Nueva York.

Actualmente hay 43 millones de estadounidenses (aproximadamente uno de cada seis adultos) que tiene deudas con el banco por estos créditos (Miller *et al.*, 2019). El promedio de la deuda es 33 000 dólares por persona (obviamente las variaciones son significativas, pues el tamaño de la deuda depende del tipo de universidad a la que se haya asistido, de cuántos años se tuvo ese crédito, etc.). Estas son cantidades masivas y quienes están atrapados ahí permanecen bajo condiciones muy adversas frente a los bancos; estas deudas son más onerosas que las que se adquieren con las hipotecas o tarjetas de crédito; por ejemplo, una de las condiciones que tienen las deudas estudiantiles es que mientras no se liquide la deuda el deudor no puede declararse en bancarrota. Las personas usualmente arrastran esas deudas por dos o más décadas.

***“Somos el 99 por ciento”:
las demandas del movimiento***

¿Cuáles fueron las principales demandas de Occupy Wall Street? El eje de las demandas del movimiento fue la desigualdad económica. Y tuvo como *leitmotiv* las dispares consecuencias sobre distintos grupos sociales de la economía neoliberal, de un modelo económico que beneficiaba de manera desproporcional a unos pocos y afectaba negativamente a la mayoría. Esta idea se ilustró con uno de los eslóganes de un movimiento social más efectivo en la memoria reciente: “Somos el 99 por ciento”. Esta consigna ha tenido para la presente generación una penetración similar a lo que otras famosas consignas —como “La imaginación al poder”, “Libertad o muerte” y “Tierra y libertad”— tuvieron para pasadas generaciones. “Somos el 99 por ciento”; es decir, somos parte de la inmensa mayoría de la población que se ha visto afectada por las políticas económicas que privilegian el libre mercado y el libre movimiento del capital, que dismantelan las instituciones estatales, que imponen políticas públicas de austeridad. Este lema de autoidentificación¹³ logró enfocar el debate público alrededor del tema de la desigualdad económica. Acentuaba que la concentración de la riqueza económica en lo más delgado de la capa

¹³ Cuando hay movimientos sociales que abanderan múltiples reclamos y aglomeran a grupos sociales diversos, siempre es importante identificar cuál es la demanda general que los une a todos.

superior de la población se ha acrecentado marcadamente en décadas recientes, en perjuicio de todos los demás.

“Somos el 99 por ciento” fue, pues, el grito de guerra de este movimiento. Tal vez hubiera sido suficiente decir “Somos el 90 por ciento”; pero enfatizar *99 por ciento* fue una fórmula muy efectiva. Aunque podía sonar un tanto exagerado —porque una cosa es hablar de “los ricos” y de “el pueblo”, de la “mayoría” y la “minoría”—, pero agregaba un elemento numérico que era bastante fuerte: *99 por ciento* contra *uno por ciento*.

¿Era atinado decir que el corazón del problema se concentraba en ese 1% de la población? Cuando esta consigna se empezó a discutir públicamente comenzaron a circular datos que confirmaban su validez política. Se mostró, por ejemplo, que 1% de la población en la cúspide económica de Estados Unidos tenía acumulada 36% de la riqueza global del país; mientras que 90% en la parte inferior tenía únicamente 28% de esa riqueza.¹⁴ Esto ratificaba el mensaje de la progresiva concentración de la riqueza entre los más acaudalados (Ingraham, 2017). Por supuesto, la riqueza condensada entre quienes están entre 2% y 10% de la población no era nada despreciable (alrededor de 38% de la riqueza está en sus manos); pero elegir 99% como segmento simbólico aglutinador sirvió para concentrar la atención pública en el problema de la creciente desigualdad.

Así, las principales demandas del movimiento tenían que ver con temas económicos: implementar una política de impuestos de carácter progresivo, subir la carga impositiva a los más ricos. El mensaje era que, si los más ricos están acumulando riqueza, y si la distancia entre los salarios de quienes están en la cúspide de las compañías (p. ej., los CEO) y quienes están más abajo en mismas compañías (secretarias, trabajadores de limpieza, etc.) es cada vez es más distante, entonces hace falta una nueva política impositiva. Esta demanda era abanderada por algunos políticos del Partido Demócrata y siempre era rechazada por el Partido Republicano —donde aducían que estas demandas implicaban una “guerra de clases” (*class warfare*)—. Este tema es particularmente controvertido en la política estadounidense (se cuenta que en algún momento el presidente demócrata Barack Obama mandó llamar a periodistas, gente de

¹⁴ Una serie de datos y gráficas útiles sobre este tema se pueden encontrar en “Where Are You in US’s Wealth Distribution?”, 17 de noviembre de 2017; en: <<https://vananservices.com/blog/us-wealth-distribution/>>.

medios los medios y economistas para preguntarles qué se podría hacer para hablar de la necesidad de una reforma impositiva sin que los acusasen de promover una *class warfare*), porque se sospecha que eso espanta al hipotético “votante promedio”. Pero Occupy Wall Street sí logró hacerlo, colocó ese tema en el debate político (y hasta la fecha no ha desaparecido del todo; se ha transformado, pero no ha abandonado al debate político estadounidense).

EL LEGADO DE OCCUPY WALL STREET

¿Cuál ha sido el legado de Occupy Wall Street? Emmanuel Wallerstein dijo, mientras se desenvolvía el movimiento, que se trataba del “acontecimiento político más importante en Estados Unidos desde los levantamientos de 1968, de los que es descendiente, o su continuación” (Wallerstein, 2011). Es una afirmación hecha al calor de los hechos, pero no deja de hablar de la magnitud que se sintió en ese momento. Hubo quienes estaban aún más exaltados por los acontecimientos y decían que se acercaba el fin del neoliberalismo o del capitalismo entero; pero, como sabemos, el capitalismo no se derrumbó con esas protestas.

Un balance un poco más resignado —y poético— es el del sociólogo Todd Gitlin, quien decía que cuando un movimiento tiene algún tipo de éxito es, en parte, porque logra “familiarizar o reconectar a las personas con los placeres de estar involucrados en un movimiento”; además, “la forma en que funcionan los movimientos es que agrandan el círculo de lo posible” (citado en Sánchez, 2016; Gitlin, 2012). Con esto sugería que movimientos como Occupy Wall Street les permiten a las personas hacer más palpable la idea de que sus condiciones de vida pueden cambiar a través de la acción colectiva, que el cambio está al alcance de la mano, que amplían el “círculo de lo posible”.

Otra parte de la herencia de Occupy Wall Street han sido varios activistas del movimiento que se sumaron posteriormente a otros movimientos y organizaciones —llevando consigo la crucial experiencia acumulada en 2011-2012—. Algunos de ellos han participado en la defensa de migrantes y en el llamado a convertir algunas universidades en “campus santuario” que deciden no cooperar con las autoridades federales, negándose a darles información sobre el estatus migratorio de sus estudiantes (el único modo en que otorgan esa información a las autoridades

migratorias es si presentan una orden judicial, pero no lo hacen de manera voluntaria). Otros participaron en “Black Lives Matter”, un vigoroso movimiento de alcance nacional, que inició en 2013, que realiza campañas en contra la violencia policiaca y negligencia judicial de la que son objeto los afroamericanos. Algunos más fueron activistas que se sumaron a la campaña de Bernie Sanders para obtener la candidatura presidencial del Partido Demócrata, en 2016 (la cual fue ganada finalmente por Hillary Clinton). Sanders puso en el centro de su vigorosa y sorpresiva campaña varios de principales reclamos de Occupy Wall Street: la deuda de los estudiantes universitarios, la desigualdad económica y la falta de rendición de cuentas de los ejecutivos que participaron en la especulación financiera que desembocó en la crisis de 2008.

Finalmente, Occupy Wall Street ha dejado también una huella en nuevas protestas que se han presentado más recientemente en las universidades estadounidenses. Destacan dos casos en particular: la lucha contra el deterioro del trabajo académico y los intentos de sindicalización de los estudiantes de posgrado (Benderly, 2018). El primero se concentra en las cada vez más escasas oportunidades que tienen los jóvenes que recientemente obtuvieron un doctorado para encontrar un trabajo académico estable y bien remunerado; esto debido a que en su búsqueda por reducir costos las universidades cada vez abren menos plazas definitivas de tiempo completo (*tenure*) y contratan a más profesores de tiempo parcial o con contratos de corta duración (usualmente uno o dos años). Fuertemente relacionado con lo anterior, el movimiento para lograr que los estudiantes de posgrado puedan formar sindicatos (*unions*) legalmente reconocidos, tiene que ver con el uso —cada vez más extendido en las universidades— de los estudiantes de doctorado para que se encarguen de dictar cursos de licenciatura, a cambio de sueldos muy bajos o simplemente como parte de sus obligaciones por recibir una beca. Son varios los veteranos de Occupy Wall Street que ahora encabezan estas luchas contra la precarización laboral en las universidades.

BIBLIOGRAFÍA

Benderly, Beryl Lief. (2018). “The Push for Graduate Student Unions Signals a Deep Structural Shift in Academia”. *Science Magazine*, 6 de junio. <doi:10.1126/science.caredit.aau3970>.

- Board of Governors of the Federal Reserve System (US) (2019), *Student Loans Owned and Securitized, Outstanding [SLOAS]*, retrieved from FRED, Federal Reserve Bank of St. Louis; en: <<https://fred.stlouisfed.org/series/SLOAS>>, 17 de junio.
- Boyd, Andrew, y Dave Oswald Mitchell. (2013). *Insurrección creativa. Caja de herramientas para la revolución*, Barcelona: Paidós.
- Diamond, L. (1994). "Rethinking Civil Society: Toward Democratic Consolidation". *Journal of Democracy* 5 (3): 4-17.
- Federal Reserve of New York. (2019). *Quarterly report on Household debt and credit 2019: Q1*. USA, FED; en: <https://www.newyorkfed.org/medialibrary/interactives/householdcredit/data/pdf/HHD-c_2019Q1.pdf>.
- Gitlin, Todd. (2012). *Occupy Nation: The Roots, the Spirit, and the Promise of Occupy Wall Street*. Nueva York: ItBooks.
- González Ledesma, Miguel Alejandro. (2017), "Movimientos estudiantiles y reforma a la educación superior. México (1999) y Chile (2011)", en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V*, pp. 371-434. México: UNAM.
- Harvey, David. (2005), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.
- Inglehart, Ronald. (1977). *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princeton: Princeton University Press.
- Ingraham, Christopher. (2017), "The Richest 1 Percent Now Owns more of the Country's Wealth than at Any Time in the Past 50 Years". *The Washington Post*, 6 de diciembre; en: <https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2017/12/06/the-richest-1-percent-now-owns-more-of-the-countrys-wealth-than-at-any-time-in-the-past-50-years/?utm_term=.362d0c53b512>.
- Irazábal, Clara, y Gabriel Fumero. (2012), "El movimiento Ocupa Wall Street: lecciones de movimientos latinoamericanos y de derechos de los inmigrantes en EE.UU.", *Urban*, marzo-agosto, pp. 141-153.
- Kazmi, Ayesha (2011) "How Anonymous Emerged to Occupy Wall Street", *The Guardian*, 27 de septiembre; en: <<https://www.theguardian.com/commentisfree/cifamerica/2011/sep/27/occupy-wall-street-anonymous>>.
- Klemenčič, Manja. (2014). "Student Power in a Global Perspective and Contemporary Trends in Student Organization", *Studies in Higher Education*, marzo, pp. 396-411.

- Komlik, Oleg (2014). "The Original Email that Started *Occupy Wall Street*", *Economic Sociology and Political Economy* (blog), 27 de diciembre; en: <<https://economicsociology.org/2014/12/27/the-original-email-that-started-occupy-wall-street>>.
- Lasn, Kalle, y Adbusters. (2012). *Meme Wars. The Creative Destruction of Neoclassical Economics*. Londres: Seven Stories Press.
- Lefebvre, Georges. (1986). *El gran pánico de 1789. La Revolución francesa y los campesinos*. Barcelona: Paidós.
- Lipset, Seymour, Martin. (1971). *Rebellion in the University. A History of Student Activism in America*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Miller, Ben, Colleen Campbell, Brent Cohen y Charlotte Hancock.(2019). "Addressing the \$1.5 Trillion in Federal Student Loan Debt", *Center for American Progress*, 12 de junio; en: <https://www.americanprogress.org/issues/education-postsecondary/reports/2019/06/12/470893addressing-1-5-trillion-federal-student-loan-debt/>>.
- Nelson, Libby, A. (2011). "Occupy Student Loans", *Inside Higher Ed*, 15 de noviembre; en: <<https://www.insidehighered.com/news/2011/11/15/occupy-protests-focusing-increasingly-student-debt>>.
- Nova, Annie. (2018). "Despite the Economic Recovery, Student Debtor's 'Moster in the Closet' has only Worsened". *USA CNBC*; en: <<https://www.cnbc.com/2018/09/21/the-student-loan-bubble.html>>.
- OECD. (2019), Private Spending on Education (indicator);en: <doi: 10.1787/6e70bede-en> (consultado el 18 de junio de 2019).
- Reynolds, Glenn Harlan. (2012). *The Higher Education Bubble*. Nueva York: Encounter Books.
- Romanos, Eduardo. (2016). "De Tahrir a Wall Street por la Puerta del Sol: la difusión transnacional de los movimientos sociales en perspectiva compara", *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 154: 103-118.
- Ryzik, Melena. (2011). "Zefrey Throwell's 'Ocularpation: Wall Street': A Bare Market Lasts One Morning". *New York Times*, 1 de agosto; en: <<https://www.nytimes.com/2011/08/02/arts/design/zefrey-throwells-ocularpation-wall-street.html>>.
- Said, Edward W. (2009). "Sobre la universidad". *Crítica y Emancipación*, 1(2): 79-94, primer semestre.
- Sanchez, Ray. (2016). "*Occupy Wall Street: 5 Years Later*", *CNN*, 16 de septiembre; en:<<https://edition.cnn.com/2016/09/16/us/occupy-wall-street-protest-movements/index.html>>.

- Strike Debt (2014), *The Debt Resisters's Operation Manual*. Estados Unidos: Common Notions.
- Tarrow, Sidney, G. (2012). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Throwell, Zefrey (2011). "Ocularpation: Wall Street", en: <https://zefrey.com/project_wall_st.html>.
- UIS.Stat. (2019). *Percentage of Enrolment in Tertiary Education in Private Institutions (%)*, consultado el 8 de junio.
- Wallerstein, Emmanuel. (2011). "El fantástico éxito de Ocupa Wall Street", *La Jornada*, 22 de octubre; en: <<https://www.jornada.com.mx/2011/10/22/opinion/036a1pol>>.
- Wells, Matt, y Karen McVeigh. (2011). "Occupy Wall Street: Thousands March in New York", *The Guardian*, 5 de octubre; en: <<https://www.theguardian.com/world/2011/oct/05/occupy-wall-street-new-york-march>>.